

Autor: Abilio Ayuso

UNA HISTORIA BURRA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Hace cincuenta y cinco años, intenté escribir una historia, pero no pasé de la primera página, al reencontrar el manuscrito lo he pulido y continuado, ¿De que va?, el título lo dice todo.

Cayó la tarde en Villatranca y le dio en todo el cogote a Gerundio, eso le dijeron, aunque él insistía en que algún desalmado le había tirado un piedra.

Lo curioso es que estaba oscuro, y sin embargo llovía.

A la luz infusa del atardecer, bajaban los charnegos desde las lejanas cimas dirigiéndose a la taberna de Ambrosio porque tenía un aparato de radio que, aunque no funcionaba, les gustaba contemplar la lucecita del panel y oír el ruido de la estática.

Eso les hacía soñar con mundos mejores, aunque no hacía falta soñar mucho porque casi cualquier mundo era mejor que el suyo.

Les apetecía beber cerveza que Ambrosio rebajaba con agua para que no se emborracharan, y seguían bebiendo hasta que se meaban encima, momento en que Ambrosio sacaba la manguera y los echaba con riego de alta presión.

En tal instante salían blasfemando con horribles juramentos y prometiendo que no volverían a pisar aquel local en la vida, pero al día siguiente se les había olvidado y regresaban como si tal cosa.

El más bruto de todos era Pelusio, por hacer unas risas empujó de un patadón a Venancio cuando estaba meando sobre el agua de la presa, como allí nadie sabía nadar comenzó a gritar: “Échame algo, que me ahogo”.

Sin saber que hacer, Pelusio arrancó un banco de la plaza y se lo echó, pero como el banco era de piedra lo arrastró al fondo.

Al final Pelusio comentó: “Sa morió si, pero que jartá a reír nos hemos pegao”, Dicho lo cual, para evitar malos rollos invitó al resto a cenar un cerdo a la brasa en su cueva, aunque les costó bastante perseguir al cerdo y matarlo a pedradas.

Con la panza bien llena comenzaron las conversaciones, salió el tema de las mujeres, Pelusio sentenció: “Una puta mierda, t’hacen trabajar, recogerlo to y hasta ties que lavarte”.

A lo que Saturnino contestó: “Pues el q’uestá bien lavao es Venancio”.

Y todos se partieron de risa, de ahí salió la idea de irlo a pescar con un palo largo y un gancho y llevárselo a la Lucrecia, la solterona, diciéndole

que se había lavado para poder hacerle la corte, pero por la emoción de notar el agua en años se había desmayado.

Dicho y hecho así lo hicieron, la Lucrecia lo acostó en su cama y guardó silencio para no despertarlo, fue al cabo de tres días que comenzó a sospechar alguna cosa y avisó al alguacil, pero todos explicaron que se había lavado en la presa y pensaron que se había quedado así del pasmo del agua, una regañina y aquí no ha pasado nada.

Al día siguiente lo enterraban y alguien escribió en su lápida: “Murió por culpa del banco”.

Al leerlo, algunos, que no sabían de qué iba el tema, se fueron a incendiar la oficina de la Caja de Ahorros del pueblo vecino, la única de la comarca, con lo cual se agudizó la miseria y abandono de la región.

Un problema añadido, fue que Venancio era el repartidor de la luz, ya que, al no llegar la electricidad, la mayoría de las casas se alumbraban con candiles y quinqués, entonces Venancio iba con un barril de combustible repartiendo al precio de un real tres cazos.

Al faltar Venancio, algunos vecinos fueron por la noche a robar combustible del autobús de línea de la comarca, el caso es que descubrieron demasiado tarde que la gasolina no era el mejor producto para los candiles, con lo cual muchas casas ardieron y la gente tuvo que refugiarse en las cuevas de los alrededores.

Eso generó peleas con los lobos y osos que las habitaban, pero no representó un grave problema, si ganaba el oso había unos vecinos menos de los que preocuparse, porque al comérselos no hacía falta ni entierro, y si era el oso quien perdía, todo el pueblo tenía carne para unos días.

Con los lobos fue distinto, a los más fieros los despellejaban para confeccionar zamarras y a los otros los amansaban a palos y les enseñaban a cazar sin comerse la presa, esperando que luego sus amos les dejaran roer los huesos, lo cual trajo el problema de que cuando veían un lobo merodear por el pueblo no sabían si era un amansado o uno salvaje que se iba a llevar un niño a su guarida, la solución fue ponerles un cencerro a los amansados, aunque con ello disminuyó su éxito en la caza.

Todos estos problemas volvieron a soliviantar la gente contra el banco y tornaron a quemarlo mientras lo estaban reconstruyendo, incluso con los albañiles dentro.

El colectivo de albañiles se revolvió furioso y para vengarse reventaron por la noche un arco del puente romano sobre el río y lo sustituyeron por una obra muy frágil.

A la mañana siguiente organizaron un desayuno a base de morcillas con tocino y gachas en la otra orilla mientras esperaban para ver como caía al agua el primer carro que pasara.

Todos aplaudieron y se regocijaron viéndolo caer, pero eso sí, como buenos cristianos que eran, rescataron al burro porque uno de su especie había llevado a Jesús a su entrada en Jerusalén, pero los campesinos dejaron que se los llevara la corriente.

El cargamento de calabazas fue flotando río abajo y dio pie a muchas habladurías en los pueblos de la ribera, la gente pensó que era un embrujo, se suspendieron las actividades y durante tres días se dedicaron a las misas y rosarios en las iglesias.

Los más fanáticos construyeron cruces y cargaron con ellas semidesnudos y descalzos al tiempo que se fustigaban, la gente pensó que algún pecado horrible tendrían que ocultar y al pasar les ayudaban dándoles con el látigo de arrear a los bueyes.

Cuando uno de ellos murió, el alcalde lanzó un pregón diciendo que solo se les podía arrojar agua bendita, pero más tarde tuvo que puntualizar que agua sola sin la botella ni el cubo.

A todo esto, llegaron las fiestas del pueblo, como el puente, que era el acceso único, estaba roto no pudo llegar la orquestilla de todos los años y sin música la cosa estaba deslucida.

Tratando de arreglarlo Saturio subió al estrado y comenzó a tocar la flauta, pero al tío Tulio no le gustó su música y le arreó con la garrota en la punta de la flauta, haciendo que ésta le saliera por detrás de la nuca.

Alguien propuso un concurso de pedos, pero no tuvo éxito porque con la emoción de ganarlo más de uno se cagó encima y le corrieron a palos.

Para olvidar las penas mataron un buey y comieron carne hasta casi reventar ayudados con vino peleón, con lo cual quedó prácticamente todo el pueblo en coma etílico. Al final la gente dijo que eran las mejores fiestas que se habían vivido.

Al cabo de nueve meses justos nacieron unos cuantos niños, principalmente de las chicas solteras, casualmente todos tenían el pelo pajizo como Pacurro, el único del pueblo que no bebía vino.

Para evitar tiranteces, Pacurro cruzó el río apoyado en un tronco, se apuntó a la Legión y nunca más se le volvió a ver por la zona.

Años más tarde, algunos estudiosos se preguntaban como dio de sí Pacurro para inseminar en una sola noche a todas las solteras. Respecto a que todas estuvieran fértiles concluyeron que al ser una comunidad tan cerrada todas tenían la menstruación sincronizada.

Para zanjar el asunto, el alcalde señaló a dedo algunos gañanes y les obligó a casarse con las embarazadas solteras, los que se negaron les obligó a trabajar en la mina a punta de escopeta.

Pero cuando los padres de las chicas dinamitaron un par de veces la entrada de la mina y les costó tres días salir... Al final todos accedieron.

No obstante, al haber sido casados por fuerza mostraban su disgusto hartándose de vino y moliendo a palos a sus esposas por las noches, pero la broma se acabó cuando un día éstas se reunieron, le cortaron los cojones al más belicoso mientras dormía la mona y le rompieron unos cuantos huesos, después amenazaron con hacerle lo mismo al resto uno por uno y así las aguas volvieron a su cauce.

Cuando tras unos meses el matraco se recuperó e intentó vengarse de las capadoras, sus maridos le detuvieron al grito de “A mi mujer solo le pego yo, y tu no tendrás huevos de tocarla”, Lo cual era literalmente cierto.

Lo que no cejó fue la animadversión con los del pueblo vecino, capitaneada respectivamente por las familias de los campesinos que cayeron al río y de los que nunca se volvió a saber, y de los albañiles quemados cuando restauraban la Caja de Ahorros, que con el aspecto de sus quemaduras de tercer grado no podían ir a ningún sitio sin que los perros les ladraran y los niños les apedrearán.

Sin embargo, lo que más molestaba a los de Villatranca era que no les hubieran devuelto el burro rescatado del río.

Al estar cortado el puente, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo no resultaban sencillos, porque como casi nadie sabía nadar, si uno o dos mozos conseguían cruzar el río, una docena del otro lado los molían a palos, por tanto, se dictaminó que los enfrentamientos serían a pedradas desde ambas orillas. Después de un par de muertes por trauma craneal, los respectivos alcaldes prohibieron el uso de hondas en la contienda.

Y por fin el gobierno central restauró el puente, pero no duró mucho la alegría porque lo inauguraron los camiones del ejército que hacían la leva de mozos con destino a la guerra que acababa de estallar.

Los oficiales se quedaron pasmados al comprobar que en cuanto se les dieron armas, los mozos de ambos pueblos rivales se mataban entre ellos en lugar del enemigo, pero lo solucionaron de una forma práctica enviándoles a frentes muy distantes. Así la rivalidad solo consistía en alardear sobre qué grupo había matado más enemigos, lo cual les convirtió en héroes sin pretenderlo.

Mientras tanto, en las dos poblaciones, la enemistad fue cediendo, principalmente porque no había mozos que pudieran matarse a palos.

Fruto del buen entendimiento fue que, los tres albañiles quemados que no los querían ni en la guerra, pudieran casarse con alguna de las viudas jóvenes de Villatranca que iba dejando la contienda.

Para demostrar su buena fe, ellos iban construyendo las tumbas de los soldados caídos, aunque una estaba vacía porque el cuerpo había volado hecho añicos por un obús.

Fue al establecerse la paz, cuando el alcalde recibió la noticia de que aquel presunto muerto, no estaba en tal estado, sino que la explosión lo había dejado cojo, manco, gilipollas e impotente y había caído prisionero del enemigo, que lo devolvió porque lo único que hacía era cagarse encima.

Después de una conversación entre los dos alcaldes y doce vasos de vino decidieron irlo a buscar al hospital de campaña.

En el camino de vuelta hicieron ver que se les caía y lo tiraron al barranco, porque un tío así no va a servir de ná, además si ahora reaparece y se encuentra la mujer casada con el albañil del otro pueblo, se puede volver

a liar entre los dos pueblos y entre pitos y flautas ya estamos bastante jodidos.

Como no se moría tuvieron que tirarlo a tres barrancos diferentes, al final pudieron llenar la tumba vacía y todos contentos porque las cosas hay que aprovecharlas.

Y así sigue la vida en Villatranca, han pasado muchos años, la modernidad lo ha cambiado todo y ya no se hacen las animaladas de antes, Pelusio, ya casi centenario comenta con melancolía: “Aquello sí que eran buenos tiempos, y no esta mierda de ahora”.

A veces, cuando se reúnen unos cuantos de su quinta aún se parten de risa recordando como le endiñaron el muerto a la Lucrecia y otras aventuras parecidas.

Al final todos acaban asegurando que los jóvenes de hoy en día son unos gilipollas y no saben divertirse.

FIN